

## La pasión de los diarios íntimos: del narcisismo de Eliade al solipsismo de Amiel\*

ALEX R. NADAL\*\*

**Resumen:** En este ensayo quiero explorar el mundo del diario como una forma especial de escritura autobiográfica a través del diarismo de Mircea Eliade. Primero esbozaré alguna sospecha sobre la noción de «autenticidad» en este «género literario» a partir de sus reflexiones sobre cómo escribir un diario. En la segunda parte intento defender la importancia y magnitud del diario en la unidad narrativa de un autor como Eliade, cuya preocupación por el problema del tiempo fue una obsesión enfermiza a lo largo de toda su vida. Junto a esto, el extraordinario ejemplo de Amiel me ayudará a mostrar algunos riesgos de este tipo de prosa. En el fondo de la cuestión estarán las problemáticas relaciones que se dan, por una parte, entre vida y escritura, y entre filosofía y literatura, por otra.

**Palabras clave:** Mircea Eliade, Amiel, diario, «autenticidad», yo narrativo, función mnémica y terapéutica, escritura y vida.

**Abstract:** In this essay I want to explore the world of diary as a special kind of autobiographical writing through Mircea Eliade's journalism. Firstly, I will draft some suspicion about notion «authenticity» in this «literary genre» starting on his reflections on how to write a diary. In the second part I attempt to defend significance and magnitude of the diary in the narrative unity of an author as Eliade, whose anxiety about the problem of time was a sickly obsession along all his life. Besides this, the extraordinary instance of Amiel will help me to show some risks of this type of prose. At bottom of the question it will remain the problematic relationships between life and writing on the one hand, and between philosophy and literature on the other.

**Key words:** Mircea Eliade, Amiel, journal, «authenticity», narrative self, mnemonic and therapeutic function, writing and life.

### 1. Introducción

«Autenticidad» entrecomillada, narcisismo sospechoso, introspección reconstructiva, exhibicionismo disimulado, privado placer nocturno constantemente desplazado... un equilibrio imposible e imprevisto entre todo esto y mucho más, compendio lúcido de reflexiones y vivencias que nos muestran la complejidad de una vida en toda su miseria humana y en toda su humana gloria, los diarios íntimos son un «género literario» poco académico pero muy extendido y culturalmente cada vez más valorado. Mantiene claras semejanzas con el género epistolar y la autobiografía en tanto que

---

Fecha de recepción: 25 de febrero de 2002. Fecha de aceptación: 5 de diciembre de 2002.

\* Este trabajo ha sido realizado en el marco de una beca de investigación FPU del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

\*\* Se agradecerá sinceramente cualquier comentario o sugerencia. Dirección para correspondencia: Alejandro Roselló Nadal. Dpto. Metafísica y Teoría del Conocimiento. Universidad de Valencia. Blasco Ibáñez, 30. 46010 Valencia. Correo electrónico: alejandro.rosello@uv.es

todos ellos nacen de las vivencias, sentimientos y pensamientos de un autor que plasma, en fragmentos escritos de una forma periódica, la telaraña vital de, en palabras de Unamuno, «un hombre de carne y hueso».

Muchas veces esta trama idiosincrásica es tejida de una forma tan retorcida y crítica como particular y propia, pero siempre de una forma verosímil en la medida en que este tipo de narración nos hace cómplices de lo narrado de un modo especialmente distinto a, por ejemplo, una novela de ficción, una obra de teatro o un ensayo. El que las reflexiones del diario aparezcan ligadas a acciones tan triviales y pueriles como las que realizamos nosotros mismos cotidianamente en nuestras vidas ordinarias, contribuye poderosamente a que las lecturas de los diarios consigan establecer entre el escritor y el lector un vínculo de complicidad que vehiculiza y comunica sentimientos profundos y compartidos de una forma cómoda y cercana. Ese «pacto de lectura» tan especial hace que muchas veces el diario se antropomorfe en ese «amigo del alma» que siempre anhelamos. Es quizá el caso de Amiel. Otras veces, como a continuación vamos a ver con el escritor rumano Mircea Eliade, el diario se convierte en una especie de «hogar secreto del alma» desde donde salvaguardar, avituallar o recomponer la unidad resquebrajada de la identidad narrativa de un autor.

## 2. La «autenticidad» del «género» del diario íntimo

«Un diario interesa siempre; es a la vez un documento y un testimonio»— escribe Eliade en su propio Diario (FD, 9)<sup>1</sup>. De hecho, el interés de Eliade por los diarios íntimos, no sólo como testimonio valioso de una forma de vida sino también como valioso documento de trabajo, ya era explícito en sus años de juventud cuando, en el Bucarest de los años 1933 al 1937, formó el grupo *Criterion*, con Ionesco y Cioran entre otros. El 1 de Noviembre de 1946, hablando de este grupo, Eliade escribe en su diario: «Sartre tiene, y se impone, un 'sistema filosófico'; nosotros no teníamos sistema, pero la mayoría de los miembros no dejaban de ser 'existencialistas' aún sin saberlo. Lo que les interesaba era la 'autenticidad', la experiencia inmediata, el detalle autobiográfico, de ahí *la pasión por los diarios íntimos*, las confesiones, los documentos». (FD, 30-31). Ahora bien, este reclamo de «autenticidad» que justifica y explica *la pasión por el diario íntimo*, ¿es un reclamo sincero? El entrecomillado de «autenticidad» del propio Eliade nos puede dar una primera pista.

En 1965 Mircea Eliade trata temáticamente este asunto de la «autenticidad» de los diarios íntimos como «género» literario en un artículo titulado «Notas sobre el diario de Ernst Jünger»<sup>2</sup>. En este escrito de apenas cinco páginas Eliade hace un lúcido y denso análisis del tema comparando y contraponiendo dos formas o métodos de concebir la (re)creación de un diario íntimo tomando como

1 Mircea Eliade nació en Bucarest en 1907 y murió en Chicago en 1986, vivió, pues, 79 años. Ya de joven, a los 14 años, inició unos diarios íntimos que siguió escribiendo prácticamente a lo largo de toda su vida. Algunos ya se han perdido, pero los cuadernos que se conservan nos dan una valiosa información tanto sobre la vida como sobre la obra de este importante escritor rumano. En España hay traducidos tres libros al respecto, *Diario íntimo de la India* (1929-1931), *Diario portugués* (1941-1945) y *Fragmentos de un Diario* (1945-1969), un total de 30 años de su vida consignados en forma de dietario que el lector en castellano puede consultar. Las abundantes citas de las siguientes obras se abreviarán, en adelante, con las iniciales de las palabras que aparecen en la edición en castellano; esto es DI (*Diario íntimo de la India*), DP (*Diario portugués*) y FD (*Fragmentos de un Diario*), seguido del número de página según la edición que aparece en la bibliografía básica del final de este ensayo.

2 La edición que vamos a tomar aquí es la traducción en castellano que aparece en *El vuelo mágico*, Siruela, Madrid, 1995, pp. 147-153 que sigue las «Notes sur le Journal d'Ernest Jünger» en *Briser le toit de la maison*, Gallimard, París, 1985, pp. 245-250. En adelante NDJ, seguido del número de página según la edición citada. La 1ª edición fue publicada en *Antaios*, 6, 1965, pp. 488-492.

modelo a dos famosos escritores-diaristas. Por una parte está el «método Jünger» que concibe el diario como un género literario no sólo genuino sino también (re)creativo. El diario se tiene que escribir a modo de «source book», esto es, con notas rápidas o pequeños fragmentos que capten la idea principal o lo esencial del asunto, para desarrollarlo en detalle más tarde, al final de la jornada o en la calma callada de la noche. Jünger, como Kierkegaard<sup>3</sup>, considera sus diarios como una cantera o texto-embrión para su posterior producción literaria, de tal forma que una buena parte de su obra encuentra su esqueleto o columna vertebral en tales diarios (NDJ, 152). También Eliade se adscribe a este método<sup>4</sup>, pero con muchas matizaciones porque nuestro escritor rumano diferencia bien su producción científico-literaria de su producción diarista. Para él, *prima facie*, Jünger llega muy lejos pues, según sus propias palabras, «asume su Diario como creación literaria. Más exactamente, eleva su Diario a la dignidad de obra literaria» (NDJ, 150).

Por otra parte está el «método Léautaud» que, como los Goncourt<sup>5</sup> (NDJ, 147), concibe el diario no como un género literario sino más bien como un registro privado y estrictamente personal cuyo desarrollo y ejercicio forma un conjunto de estenogramas o aforismos no susceptibles de una posterior corrección por añadido o eliminación. En este sentido, si un diario íntimo quiere ver la luz, tiene que ser publicado íntegramente y sin ningún tipo de restricción o selección previa. Sólo así se puede conservar la espontaneidad y frescura que debe caracterizar, como rasgo de «género», a todo «auténtico» diario. Desde esta perspectiva cualquier corrección o añadidura supone ya una traición o deformación de lo más idiosincrásico de la escritura de un diario, cuya «autenticidad» reside en que, por decirlo con Eliade, no tiene otro propósito más que «dar gusto a la pluma» (NDJ, 148). Recordemos este «dar gusto a la pluma» porque por aquí podemos encontrar una segunda pista.

El «método de Gide»<sup>6</sup> también se podría contraponer con este último método. Aunque Eliade no dice nada de este método en el pequeño artículo que estamos siguiendo, algo sí dice en sus propios diarios. El 8 de junio de 1946, Eliade escribe: «Leo los fragmentos del Diario de Gide titulados *La délivrance de Tunis*. Me pregunto en qué medida se puede escribir un diario propiamente dicho en momentos de extrema intensidad, y si las anotaciones breves en una agenda, algunas fechas, algunas palabras clave, algunos nombres no serían más eficaces. Estos estenogramas podrían ser 'desarrollados' más tarde, y serían más auténticos que la enumeración de tantos 'detalles concretos' de una situación histórica que se modifica con una rapidez vertiginosa» (FD, 17). Aunque esta contraposición con el «método Léautaud» sea también común al «método Jünger» esto no supone necesariamente que se pueda equiparar ambos métodos, el de Jünger y el de Gide. Entre otras cosas porque Jünger entendía su Diario como una prolongación natural de su producción literaria y Gide, como dice el propio Eliade, «se lamentaba de que su Diario amenazaba en convertirse en un cementerio de

3 «Kierkegaard anotaba no sólo los incidentes autobiográficos y las reflexiones íntimas, sino sobre todo las observaciones, los comentarios y los proyectos concernientes a sus trabajos en curso. Kierkegaard consideraba justamente sus *Papirer* como una verdadera cantera: los releía, los anotaba y añadía continuamente nuevos pliegos» (NDJ, 147).

4 «He vuelto a leer detenidamente el diario. He añadido notas y explicaciones nuevas» (DII, 151).

5 Edmond y Jules de Goncourt (1822-1896 y 1830-1870) escribieron conjuntamente numerosas novelas «naturalistas», biografías y estudios históricos. Pero su obra maestra es su diario, también conjunto, que traza un vivo retrato de la sociedad de su tiempo. Más adelante llamaré a este tipo de diario «diario externo» o «diario-ventana» en contraposición al «diario interno» o «diario-espejo», característico de Amiel y en gran parte también de Eliade.

6 André Gide (1869-1951), escritor que fundó la influyente *Nouvelle Revue Française* y obtuvo el premio Nobel en 1947. De joven sufrió una crisis espiritual cuyo desenlace se refleja en *Los alimentos terrenales*. Pero por lo que nos interesa aquí Gide es porque fue el primero en entregar y publicar de forma periódica su monumental diario que abarca desde 1889 hasta 1949.



'artículos nonatos'. En el caso de Gide, el escritor, el moralista, el ensayista, se sentía suplantado por el autor del Diario» (NDJ, 150).

De hecho este temor a la suplantación de la obra «propriadamente» literaria por la escritura «semiautomática» de los diarios íntimos a la que Eliade hace referencia con el diario de Gide, también afecta de manera explícita e importante a Léautaud y, en general y por extensión, a la «tradición francesa» de la escritura de diarios en la que este autor se situaba a sí mismo (NDJ, 148). Al final el «resultado del método Léautaud» del que habla Eliade en ese pequeño artículo fue que la escritura del Diario acabó reemplazando a su producción literaria<sup>7</sup>. Para evitar ese «resultado» nefasto de hacer de los libros «otros diarios» llenos de «manías y divagaciones» (DII, 93) Eliade se aleja, en parte, del «método Léautaud» y se acerca al «método de Jünger» hasta el punto de hablar de su diario como de un «laboratorio de donde saldrán más tarde obras de importancia» (DII, 105). En este sentido, realizar revisiones y aplicar criterios de selección a la hora de publicar los diarios es para Eliade no sólo legítimo sino necesario<sup>8</sup> pues siempre se corre el riesgo, como en el caso de Léautaud, de que «lo que parecía inteligente, cáustico, profundo, escrito en un lenguaje gastado y directo en los fragmentos publicados en vida, queda sumergido —en la edición completa del *Journal littéraire*— en una masa amorfa de detalles insignificantes, conversaciones insípidas y reflexiones de una banalidad deprimente» (NDJ, 147-148).

Ahora bien, la «manía de archivero» y la «pasión de filólogo» descubierta por Eliade en su período en la India le lleva a reconocer una auténtica euforia por, precisamente, esa «masa amorfa de detalles insignificantes». En este sentido escribe el 5 de octubre de 1945, a raíz de la lectura de los Diarios de Charles Du Bos: «Confieso preferir, a pesar de todo, los Diarios en los que abundan las anotaciones insignificantes, la relación de una visita banal, de problemas, de sueños, de ilusiones —lo que quiere decir que el autor escribe el Diario *para sí mismo*» (FD, 10). El 28 de octubre de 1944, hablando de su inacabado y más tarde perdido «cuaderno de viaje» bautizado como «Diario andaluz», Eliade escribe: «Continuo redactando mis impresiones... Intento dar la mayor densidad posible a las impresiones, ir más allá del *brouillé* del diario sin faltar por ello a su autenticidad e intimidad, únicas cualidades que dan valor a este tipo de prosa» (DP, 155)<sup>9</sup>. En este sentido Eliade defiende el reclamo de «autenticidad» que exige el registro del diario íntimo pero, a la vez, reelabora el género concibiendo el diario más que como testimonio o caldo de cultivo de posibles obras lite-

7 «Durante los treinta o cuarenta últimos años de su larga vida, Léautaud, apenas escribió libros. Los pocos opúsculos o volúmenes de corta tirada publicados entre 1925 y 1950 eran, o bien fragmentos del *Journal*, o bien recuerdos y anécdotas. Sin embargo, hoy podemos comprobar el resultado del 'método Léautaud': las diez o doce mil páginas de su *Journal* integral son en gran parte decepcionantes, y algunas veces triviales. Sería necesaria una antología de 600 o 700 páginas para restablecer el prestigio literario de Paul Léautaud. Su famosa prosa 'natural', 'espontánea', 'libre de toda inhibición', no ha conseguido mantener un esfuerzo continuo de cincuenta años. De esa masa enorme de papel ennegrecido, queda la prolijidad, la mediocridad del escritor, en resumidas cuentas, la pobreza espiritual de ese misántropo convertido casi en leyenda» (NDJ, 148-149).

8 Un ejemplo temprano y significativo lo encontramos en la Presentación de DIII (*Diario íntimo de la India*) que el propio Eliade se atreve a bautizar como «novela indirecta» porque, como él mismo dice, «he añadido detalles, precisiones y hechos que en el texto original no tuve necesidad de anotar». Y unas pocas líneas más arriba, hablando de las personas y los hechos que aparecen en su diario: «Habría podido perfectamente utilizar todos esos hechos y esos seres en lo que se llamaba obras literarias. He podido comprobar que sin ser consciente de ello lo había hecho... una buena parte del manuscrito fue suprimida; ya sea porque su contenido lo había vertido en determinado libros, o porque planteaba problemas de filología, historia de las religiones o filosofía, los cuales tienen su lugar en otra parte» (DII, 9-10).

9 Y posteriormente, siendo fiel al método de Jünger, añade en una nota a pie de página: «Hoy he vuelto a leer mis anotaciones de viaje. ¿Para qué publicarlas? Serían como esas secreciones resinosas que sólo consienten en liberar su perfume si las calienta la mano que las posee».

rarias como un documento de trabajo, documento importante pero que, al menos *prima facie*, no llegará a ser para Eliade un verdadero «instrumento de conocimiento»<sup>10</sup>.

Por otra parte, aunque el propio Eliade siempre tiene en mente la publicación fragmentaria de sus diarios (DII, 91), a menudo muestra reticencias a la hora de decidirse a publicar su diario en vida o «antes de tiempo». El 5 de febrero de 1945, se pregunta por qué esta idea de publicar los diarios «me coarta hasta el punto de no atreverme a confesarlo todo»<sup>11</sup>. Además, cuando empieza el segundo volumen de su autobiografía, confiesa: «debo conservar para mí ciertos secretos» (FD, 266); y también habla de «un terrible secreto inconfesable» (DP, 174). Sumando todo esto, ¿cómo va ser así el diario íntimo de Eliade un diario «auténtico» si no es sincero consigo mismo ni siquiera en este espacio privado e idiosincrásico? Esta ambigüedad, o la paradoja que supone un diario íntimo «auténtico» escrito con la idea en mente de ser publicado para que sea leído por otros, no es despejable en Eliade. ¿Es justamente esa «falsa autenticidad» la que buscamos en la lectura de diarios? Aunque Eliade no puede dejar de utilizar el término «autenticidad», siempre o casi siempre lo hace entre comillas. En realidad, nunca deja de sospechar de «la autenticidad», de ese ideal de «auténtica autenticidad», que parece ser el rasgo específico de «género» de los diarios íntimos.

Aunque Eliade confiesa preferir la lectura de los diarios que un autor escribe para sí mismo porque «todo lo que está filtrado, revisado me parece artificial» (FD, 72), como hemos visto, él mismo sigue este «método artificial» característico de Jünger. De hecho, después de decir que «todo lo que está filtrado, revisado, me parece artificial» continúa: «Tendré que librarme de este resto de inmadurez, de esta superstición de 'la autenticidad' a toda costa». En efecto, para Eliade «la autenticidad» es un poderoso mito camuflado en la literatura moderna que se relaciona directamente con otros mitos de carácter literario, como por ejemplo con la mitología de la «dificultad literaria» que tanto critica con sus reivindicaciones de lo que él llama la «novela-novela». En este sentido habla de «la pretenciosa facilidad del monólogo interior que da una falsa impresión de autenticidad» (FD, 108). Y continúa: «Conozco demasiado bien las seducciones, las trampas, los fraudes del monólogo interior o de la película mental... ¿Pero dónde puede llevar este procedimiento?».

Sea como fuere, por aquí podemos rastrear la novedad que aporta el «método Jünger» de escritura de Diarios. Lo que hace que Ernst Jünger se revele como un «precursor» (NDJ, 151), en palabras de Eliade, es que con su método de trabajo se problematiza la pertenencia del diario no sólo al «género del diario íntimo» sino también a cualquier género literario en la medida en que se toma al diario como un «Género Total», una especie de probeta de laboratorio de la cual puede salir tanto una novela como un ensayo como un texto a caballo entre varios géneros<sup>12</sup>. Pero, al problematizar la autenticidad como rasgo de género del diario íntimo, por extensión se problematiza la misma noción de «género literario» en tanto que es esta noción la que *a priori* hace que unos rasgos se consideren «auténticos» o genuinos y otros no.

10 En este sentido leemos: «Es una lástima que no haga de este diario un instrumento de conocimiento. Debería renunciar al procedimiento de anotar sólo acontecimientos o estados de ánimo melancólicos y transformarlo en un archivo de papeles de todas clases: incluso notas y extractos de los libros que leo, planes de trabajo, etc...» (DP, 106)

11 «La idea de que podría publicar fragmentos de este diario antes de lo que tenía decidido (es decir, antes de 1967), ¿me coarta hasta el punto de no atreverme a confesarlo todo? Tengo que librarme de este pensamiento. Porque aunque lo publique antes de cumplir los 60 años (esté vivo o no), elegiré únicamente fragmentos, igual que hizo Gide y hace Julien Green» (DP, 198). Ver también DP, 103, donde haciendo balance de las publicaciones hasta la fecha, reconoce que el diario íntimo aparecerá con carácter póstumo.

12 De hecho, el propio Eliade en su *Diario íntimo de la India*, tantea la posibilidad de una «novela indirecta» fusionando el diario con el relato (ver nota 8).

Hoy en día se publican cada vez más diarios que entrelazan textos de diferentes «géneros» hasta el punto de hacer indiscernibles registros tan diferentes como la novela, el ensayo o el artículo periodístico. Desde diferentes posiciones se defiende una reformulación o disolución de la noción de «género» para que la libertad creativa de los artistas y escritores no sea tan interesadamente vehiculizada bajo nociones como la de «autenticidad». Esa es precisamente la novedad aún por determinar que aporta tempranamente el diario tal y como lo concibe el «método Jünger»: el diario íntimo de un escritor como un «Hiper-Texto», como un «Super-Género» no susceptible de clasificación según las categorías tradicionales. Un simple aforismo se calca al papel y se vuelve creación, escritura, mensaje en una lista abierta de posibles formas aún por desarrollar: poesía, narrativa, teatro, ensayo, etc. De aquí que en el registro del diario sea contextualizable la totalidad de los textos literarios de corte testimonial personalizado. Lo que equivale a decir que, tras el «giro autobiográfico» que por fin se empieza a reconocer no sólo en literatura sino también en filosofía, los diarios —me atreveré a decirlo— pueden contextualizar virtual y vitalmente cualquier texto posible de un escritor y ser el caldo de cultivo de un nuevo «pensamiento vivo» (NDJ, 151), de un tipo de escritura más abierta y plural y menos atada a convenciones y sistemas.

Para acabar esta sección y poder seguir adelante, me limitaré a transcribir una cita larga pero sin desperdicio, con la que Eliade acaba el breve artículo NDJ que hasta aquí hemos analizado. La iluminadora cita, escrita, recordemos, en 1965, reza así (los subrayados son míos):

«En efecto, entramos en una época en la que los géneros tradicionales que servían para manifestar la experiencia del mundo y una reflexión personal sobre dicha experiencia están a punto de desaparecer. Después de James Joyce hemos conocido la 'muerte' de la novela clásica, y después de Beckett y Ionesco, la destrucción del lenguaje dramático convencional, después de haber asistido, con el cubismo, el futurismo y el surrealismo, a la destrucción de los lenguajes plásticos y poéticos tradicionales. *Pero la revolución continúa y alcanzará por fin a todos los géneros de expresión verbal. Por supuesto siempre se escribirán tratados de filosofía, porque siempre habrá profesores de filosofía.* Pero es evidente que, desde Kierkegaard y Nietzsche, las revoluciones filosóficas más profundas y significativas han tenido lugar por mediación de las confesiones e invectivas, las meditaciones íntimas y las reflexiones sobre el lenguaje, o estudios sobre la historia económica, análisis psicológicos y descripciones de la realidad inmediata que habrían podido ser firmados por escritores. *Es probable que las grandes construcciones sistemáticas sean desdeñadas por los filósofos, los moralistas y los teólogos más creativos de la próxima generación.* Desde hace ya veinte años, algunos filósofos han escogido como medio de expresión el teatro, la novela o el diario íntimo (por ejemplo, Gabriel Marcel).

*No queda excluido que, muy pronto, veamos escritos teóricos redactados de una manera más personal y más fragmentaria, es decir, asistemática. El fragmento, el escrito íntimo, la meditación personal son susceptibles de convertirse en los instrumentos más adecuados para comunicar un pensamiento vivo»* (NDJ, 151).

### 3. La importancia literaria de los diarios y su función mnémica

¿En donde podemos situar, pues, los diarios del propio Eliade? Podríamos aclarar un poco todo esto diciendo que, aunque *como lector* Eliade se adscribe más a los diarios de escritores según el «método Léautaud», Eliade *como escritor*, critica este método y se adscribe más al «método Jün-



ger». ¿Cuál es entonces la razón de ser del diario íntimo del «escritor Eliade»? El 8 de febrero de 1953 Eliade apunta en su diario (los subrayados son míos): «Pienso de nuevo en la razón de ser del diario de un escritor. Gide, Jünger y los demás escriben su diario para que sea publicado un día; como un libro cargado de 'mensajes', aunque esos mensajes son más directos y más episódicos. Un montón de cosas que no pueden decirse más que en un diario... *Escribo para poderme releer más tarde. Escribo para encontrarme, para recordar los momentos inútilmente perdidos*» (FD, 129-130). En este significativo fragmento Eliade se distancia de los otros escritores diaristas a los que más se había acercado metodológica e intencionalmente y manifiesta la función idiosincrásica del suyo propio, la «necesidad» (NDJ, 148) que le lleva a acompañarse de un diario íntimo a lo largo de toda su vida.

Eliade escribe para poder releerse días o años más tarde y reencontrarse a sí mismo constantemente pese al fluir del tiempo. Esa es su «necesidad» de llevar un diario: constatar siempre la identidad narrativa de ese «sí mismo» que incansablemente se relee y se reencuentra, intentando calmar así su reconocida y enfermiza obsesión por el paso del tiempo, en palabras del propio Eliade, su «horror a la historia»<sup>13</sup>. Sea como fuere, en la escritura de diarios se escribe de una forma testimonial en la que se constata y se «hace sentir» el transcurrir del tiempo pero, al mismo tiempo, la necesidad de superarlo; por decirlo así, la escritura de diarios responde a la necesidad poética de [(re)crear] un texto que refleje un «yo actual», un «yo contemporáneo», un texto, en definitiva, que esté «al día» para con uno mismo, a diferencia de las novelas y obras eruditas, que son productos de un «yo pasado», de un «yo inactual»<sup>14</sup>. ¿Pero qué libro puede estar más «al día» que un diario? Para Eliade también en el diario, pero aquí de una forma especial, «la gran dificultad es siempre el tiempo» (FD, 109). Esto es, el mismo tema central de sus obras eruditas y de sus novelas y, con ello, la importancia literaria de los diarios dentro de la temática que da unidad a toda su obra.

En cierto sentido podemos distinguir tres espacios en los que Eliade reconstruye ontológicamente ese «yo narrativo» constantemente desplazado: el espacio privado pero no («auténticamente») íntimo de sus diarios y de su biografía (*Las promesas del equinoccio*), el espacio íntimo pero no privado de sus semi-autobiográficas novelas fantásticas (*La noche de San Juan* o *La noche bengalí*), y el espacio público de sus conferencias, colaboraciones, artículos y textos más eruditos. Y en contra de lo que pueda parecer, no serán los tratados científicos, como él mismo dice meros «trabajos de exégesis» que acabarán agobiándole al final de su vida, sino sus libros «personales» esos «grandes libros» con los que Eliade soñaba reflejar la «filosofía de mañana»<sup>15</sup>.

13 Ya de joven, en su DII, 28, habla del problema del «paso del tiempo» y del «horror de la historia» como el causante de sus crisis y su neurastenia: «Todo pasa. He aquí mi inmenso sufrimiento. ¿Por qué no permanecen las cosas hasta que nos hartemos de ellas...? Tengo una obsesión íntima e inconfesada: la sensación de que todo es pasajero». Y unas líneas más abajo: «El tiempo, el tiempo; me obsesiona hasta la neurastenia. ¿Por qué no puedo encontrar puntos estables, absolutos, eternos? Cuando soy consciente del tiempo que corre sin que poder alguno sea capaz de detenerlo, me estremezco. Me parece que, o me voy a volver loco o tengo que realizar urgentemente algún hecho grande» (DII, 30).

14 «Hace unos días empecé a pasar a limpio, corrigiendo y aumentando acá y allá, mis notas fragmentarias dispersa en innumerables 'camisas'. Me he puesto a hacer esta tarea... por (la) necesidad de dejar algo de enjundia detrás de mí en el caso de que tenga que abandonar esta vida antes de lo que suponía... Todos los libros que escribo, por no hablar de los que publico, testimonian etapas hace muchos superadas. Ningún libro de pensamiento está «al día», no es contemporáneo mío» (DII, 172-173). En este sentido ver la ya citada presentación de DII donde el Eliade maduro habla del Eliade joven como de «ese caballero que durante tanto tiempo ha estado llevando mi nombre»; y también, que al publicar su diario de cuando estaba en la India, «estaba publicando los papeles de un muerto» (DII, 9-10).

15 El 27 de Noviembre de 1959 Eliade escribe: «El aburrimiento que me invade a veces ante esta masa de documentos que debo interpretar, comentar, sistematizar antes de atreverme a producir mis grandes libros. Este aburrimiento es quizá una señal de alarma. Debería darme más prisa, quemar etapas. A propósito, ¿por qué no renunciar a los trabajos de exégesis

Lo que yo quiero defender en este punto es que, en el proyecto teórico-vital de Eliade de superar ese «horror a la historia», el registro del diario juega un papel igual o más importante que el registro de la novela o del tratado pues este peculiar ejercicio de escritura, en tanto que actividad creadora que se pretende siempre presente al «yo actual», es el que permite a ese «si mismo» reencontrarse en las páginas del diario y lo que permite, en definitiva, que la relectura de estas páginas vehiculen narrativamente una rememoración y recontextualización, y por tanto una reconstrucción ontológica, de ese «si mismo», de la unidad de ese «yo actual» que aparece siempre constantemente desplazada. En este determinado sentido, se podría decir que el conjunto de los diarios representa ese «libro verdadero» o «Gran Obra» que Eliade, como Papini<sup>16</sup>, estaba obsesionado en realizar; sobre todo a medida que se acercaba la muerte y restaba menos tiempo para superar el paso del tiempo y eternizarse (a través de la propia existencia independiente del libro que, por decirlo así, participa de ese «modo de existir que se basta a sí mismo»<sup>17</sup>).

En efecto, nuestro escritor rumano se torturó toda la vida por no poderse dar por entero a ese «Opus Magnum» cuando, en realidad, es la idea que quiero hacer verosímil aquí, esa «Obra Maestra» (DP, 83) la estaba haciendo sin darse mucha cuenta de ello. Poco a poco su diario va cobrando mayor relevancia para él mismo a medida, como decimos, que le quedaba menos tiempo y seguía aumentando la siempre ingente cantidad de proyectos por hacer para, por decirlo así, actualizar la identidad de su yo narrativo<sup>18</sup>. De hecho más de una vez se pregunta porqué no dedica más tiempo a su Diario (DP, 70) y si no sería mejor dedicarse a escribir obras póstumas en «libros íntimos, diarios, reflexiones, autobiografías, etc.» (DP, 198). Eliade se plantea temprana y explícitamente esta posibilidad de que el conjunto de diarios llevados desde su infancia sea su «Gran legado» para la Humanidad. Haciendo una nueva apología del «método Jünger», el 2 de febrero de 1945 Eliade escribe (los subrayados son míos): «Para que este diario me sea útil, para transformarlo en un *instrumento de defensa contra la nada* que me amenaza desde todos los frentes, debería meditar teniéndolo al lado, volver una y otra vez a las páginas escritas, glosarlas, recordar aquí determinados sucesos por los que pasé muy por encima o que no siquiera llegué a anotar. Únicamente así podré abstraerme por

---

que he comenzado para dedicarme a mis libros 'personales'? Esos libros que llamo 'personales' reflejan mejor y más directamente la 'filosofía de mañana' que todos esos trabajos de exégesis» (FD, 201).

- 16 Eliade siempre se sintió muy identificado con Papini en este aspecto. De hecho la crítica que hace Eliade a Papini bien se la podía haber aplicado a él mismo. En agosto de 1957, en relación a la biografía de Ridolfi *Vita de Giovanni Papini*, Eliade escribe en Venecia: «Durante medio siglo, este desesperado 'enfant terrible', demasiado dotado y demasiado hábil, no quiso escribir más que un solo libro... Desde la concepción de esta obra Papini escribió unas cincuenta obras. Con mucho, no todas se correspondían con su vocación. Muchas de ellas hubieran podido ser escritas por otros, y mejor que por él mismo. La obra por la que había venido al mundo era *Giudizio universale*. Pero se dejó tentar demasiado frecuentemente por obras que no se enraizaban orgánicamente dentro de él» (FD, 152-153). Para ver más juicios y comentarios sobre la vida y obra de Papini, ver en FD las pp. 113-115, 243, 245, 265, 274 y 306.
- 17 Hablando de *La noche de San Juan*, que él consideró durante mucho tiempo su «Gran Libro», Eliade dice: «Me alegro, como cualquiera, si mi libro gusta o si tiene 'éxito', pero no puedo decir que sufra si no lo tiene. Lo único que me ocupa verdaderamente es el libro que estoy escribiendo o el que sueño... Pero el problema no radica en esto o, más exactamente, no es éste el único problema, es decir, el de un libro que se imponga y que dure. En cierta forma, un libro 'existe' en sí mismo, independientemente de la voluntad del autor o de la opinión de los críticos. Esta 'existencia' no depende del tiempo, más exactamente no es alimentada ni anulada por el tiempo. Participa de ese modo de existir que se basta a sí mismo» (FD, 155-156).
- 18 «Estoy acercándome a los 35 años. Ya ha pasado el tiempo de hacer tonterías» (DP, 27). De igual modo: «Mañana, 9 de marzo, cumpla 36 años... En este tiempo he escrito 8 libros pero ninguna obra maestra... tengo que darme prisa» (DP, 85). Al mes siguiente, el 16 de abril de 1943 se vuelve a repetir: «¿Por qué tantas prisas?» Y él mismo se recuerda: «Porque no sé cuanto tiempo se me permitirá vivir y quiero decir siquiera una parte de lo que he pensado y he descubierto porque voy 'rezagado' respecto a mis ideas formuladas hace 5 o 6 años» (DP, 88).



completo y recogerme conmigo mismo. Abandonarme aquí a aquel pasado que me obsesiona. *Salvar el 'tiempo perdido' recordándolo*. No debo asustarme por llenar muchas páginas ni por desperdiciar una gran parte del tiempo que me queda por vivir. Puede ser que muchos de los libros que todavía me gustaría escribir no me sea dado acabarlos. ¿Por qué no concentrarme sólo sobre mí mismo, sobre mi vida, mi salvación y mi salud *haciendo de este diario mi auténtica obra?*» (DP, 194-195).

Pero, en su carácter contradictorio, a la vez se va torturando ante la cada vez mayor plausibilidad de esta posibilidad. Diez años más tarde ante su incapacidad de escribir «un verdadero libro» por falta de tiempo Eliade dice: «tendré que contentarme, en el mejor de los casos, con artículos, con el diario» (FD, 143). Dos años más tarde, se sigue lamentando del tiempo sacrificado a «La Obra» y se reconoce abiertamente preso del tiempo y «siervo de los libros que *no he escrito*» (FD, 46), cuyos proyectos sí que quedan reflejados, precisamente en su diario.

Ahora bien, sea como fuere, lo principal a este respecto es que Eliade concibe su diario como un «instrumento de defensa contra la nada» que «salva el tiempo perdido recordándolo» y cuya relectura constante le permite «reencontrarse» reconstruyendo narrativamente ese «sí mismo» suyo tras las numerosas crisis que padece. Más tarde nos detendremos en este aspecto terapéutico de los diarios pero ahora vamos a hacer más verosímil la idea de que en la escritura de diarios se desarrollan *ejercicios de autotraducción poética* que hacen de este registro un lugar óptimo para esa *reconstrucción ontológica de nosotros mismos*. La pregunta que me planteo ahora es la siguiente: ¿Cómo puede Eliade «salvar el tiempo» recordándolo?

Para Eliade la iniciación a lo sagrado que supone la vida implica un largo proceso de anámesis (FD, 265) y por ello la memoria adquiere un papel fundamental. Eliade considera como una «gran tragedia» (DP, 24) su mala memoria y la rápida capacidad de olvido que tiene (DII, 176), una capacidad de olvido que, como él mismo reconoce, le hace perder muchos aforismos e ideas que pasan por su cabeza (DII, 209). En este sentido y para compensar en la medida de lo posible ese «defecto mnémico» suyo, el diario íntimo le servirá a Eliade para vehiculizar y coordinar —por semejanza o contraposición— las propias experiencias vitales de su «yo narrativo». Así el diario se convierte para Eliade en su «memoria escrita» y en el verdadero registro personal que testimonia y da sentido a ese recorrido iniciático que para Eliade es la «aventura de la vida» (FD, 196).

Precisamente la combinación de esta falta de «memoria personal»<sup>19</sup> con su obsesión enfermiza por el «paso del tiempo», hace que Eliade se refugie en la escritura de su diario como una forma de «salvar», registrando, el conjunto de ciertos fragmentos de tiempo concreto (FD, 32). Esta es la función que para Eliade ejerce su diario, una función de registro vital que «salva» momentos de su existencia (FD, 22) permitiendo así al propio Eliade recomponer la unidad actual de su identidad resquebrajada por las continuas crisis que le provocaba el «horror de la Historia». En realidad, sólo así, fijando el pasado, Eliade puede liberarse de él, «liquidando» (DP, 27) experiencias pasadas. Esta forma de «liquidar» el pasado (DII, 157) es la forma que tiene Eliade de liberarse catárticamente de esa «seducción» (DP, 31) o «enfermiza atracción por el pasado» (DP, 33) de la que su obra erudita y sus novelas no pueden evitar ser reflejo. De aquí también este «amargo deleite de retrotraerme en el tiempo, de volver al pasado» (DP, 34) pues, paradójicamente, el 'terror de la historia' sólo puede ser

19 En este sentido, leemos: «Debería ocuparme y de una vez en serio de mi formidable capacidad de olvidar. Nunca he conseguido aprender de memoria más de 5 o 6 versos. Pero eso no es muy grave. Sin embargo, me olvido facilísimamente de mis propios pensamientos, de mis sentimientos 'pasados'. A veces releo este diario lleno de admiración. No tengo memoria 'personal'» (DII, 121).

superado por el hombre 'reconciliándose con el tiempo' (DP, 216)<sup>20</sup>. Pero, de nuevo, ¿cómo se puede reconciliar uno con el paso del tiempo y «salvar» su identidad narrativa y el sentido de su unidad vital? ¿Cómo superar el tiempo en el tiempo?

Aunque el tema es bastante complejo, no quiero sin más pasar por alto esta cuestión central que da sentido a *cómo el diario íntimo «salva el tiempo perdido recordándolo»* (DP 195). La idea, que sólo puedo apuntar aquí, es que el pasado es visto con diferentes lentes según el momento presente en el que se lee y eso permite una proyección diferente hacia el futuro creando así la ilusión de trascender la supuesta realidad lineal y sucesiva del tiempo<sup>21</sup>. En realidad esa cierta anacoresis en uno mismo que se opera en el diario supone una manipulación hermenéutica del pasado<sup>22</sup> que «reactualiza» narrativamente, desde una perspectiva ontológica siempre desplazada, ese «sí mismo» para «sí mismo».

Ya de joven, en su estancia en la India, Eliade se pregunta cómo conservar su «personalidad», esa «memoria de nuestra propia historia»<sup>23</sup>, en un país extraño y rodeado de gente desconocida. Y se contesta: «una 'personalidad' se conserva afirmando y reafirmando las mismas opiniones, en medios similares y en circunstancias similares» (DII, 36). En este sentido la relectura de su propio diario le permite «recontextualizar» su «personalidad» recreándose de nuevo en el momento en que se relee y, dicho sea de paso, establecer una interesante y compleja relación entre lectura y escritura, entre interpretación y creatividad. Esta es la verdadera justificación de la escritura de diarios en el caso de Eliade: su posterior relectura para una «actualización» de la unidad narrativa de ese «sí mismo» con sentido del cual no se puede desprender. Así es como Eliade consigue, por ejemplo, «reintegrar en un mismo universo esos dos mundos: la adolescencia y la madurez» (FD, 206), a través de la «experiencia de la duración de mi vida» que posibilita la relectura del propio diario<sup>24</sup>.

20 Es la paradoja del ser humano que tanto torturó a Unamuno. En palabras del propio Eliade: «el hombre no puede soportar la paradoja de ser hombre, es decir, de tener, él, un ser finito y efímero, nostalgia de lo infinito y de la eternidad» (DP, 183).

21 En este sentido dice Foucault: «Si convertirse a uno mismo es apartarse de las preocupaciones de lo exterior, de las inquietudes de la ambición, del temor ante el porvenir, puede uno entonces volverse hacia su propio pasado, hacer de él la recolecta, desplegarlo a capricho ante los propios ojos y tener con él una relación que nada vendrá a perturbar» FOUCAULT, M.: *Historia de la sexualidad III*, «El cuidado de sí», Siglo XXI, Madrid, 1998, p. 65.

22 De aquí, dicho sea de paso, la importancia a la hermenéutica que Eliade y el «Círculo Eranos», grupo interdisciplinar que pretendía una renovación metodológica de las ciencias humanas y concretar un «nuevo humanismo» mediante un estratégico «giro hermenéutico» que permitiera dar al traste con la «objetividad» naturalista del siglo XIX, siempre le concedió. Si la crisis del hombre moderno es debido sobre todo a la toma de conciencia de la carencia de un sentido existencial, la hermenéutica cobra un papel esencial como interpretación donadora de un nuevo sentido, y máxime teniendo en cuenta que «somos el resultado de un trabajo hermenéutico milenario» (FD, 317). De hecho Eliade tenía mucho que aportar al tomar la historia de las religiones, esto es, la historia de los símbolos y los mitos, como una «disciplina total» en tanto que método para comprender el recién adquirido mundo del inconsciente y a su vez la mentalidad no-occidental, tanto arcaica como oriental (FD, 192).

23 ELIADE, M.: *Yoga, Inmortalidad y Libertad*, ed. La pléyade, Buenos Aires, p. 345.

24 Leemos (los subrayados son míos): «...he tenido de repente la experiencia de la *duración* de mi vida. Imposible encontrar la palabra justa. *Me he sentido... dilatado* —reuniendo en mí, concomitantemente, 'el tiempo' indio, portugués, parisino y los recuerdos de mi infancia y de mi juventud en Bucarest—. Como si hubiera adquirido una nueva dimensión en profundidad... *Un inmenso dominio interior* —donde no penetraba antes más que fragmentariamente, intentando revivir éste o aquél acontecimiento— se revela en su *totalidad*; lo veo de cabo a rabo y al mismo tiempo en *profundidad*. Sentimiento estético. *La vida humana, histórica, adquiere de repente sentido y significación. Optimista.*» (FD, 229).

O sea, que si Eliade escribe un diario es para luego leerlo, concentrarse o «reunirse en sí»<sup>25</sup> y adquirir una nueva dimensión, más profunda y abarcadora, de ese «yo narrativo» pues, como él mismo dice, además de por su mala memoria, «corro el riesgo de perderme en este vagabundeo perpetuo... (de perder) los recuerdos que constituirían *mi historia*» (FD, 188). No hay que olvidar nunca que los diarios de Eliade son el reflejo más directo de las inquietudes de un intelectual rumano exiliado y sin patria; reflejo, pues, de una persona constantemente desplazada.

En los últimos párrafos de *Fragmentos de un diario*, Eliade habla de la fascinación que siente por los viajes y de cómo los «tiempos personales» se reactualizan y los recuerdos recuperan fragmentos olvidados o descuidados de una «historia personal». Y continúa: «cuando recorro espacios geográficos familiares o desconocidos, viajo al mismo tiempo en el pasado, en mi propia 'historia'. Lo que me encanta en esta *anameis* provocada y alimentada por la movilidad, en primer lugar, su espontaneidad; imposible anticipar o precisar qué fragmento del pasado me será restituido al final de esta calle por la que ahora camino» (FD, 335). Y más tarde se pregunta (los subrayados son míos): «¿Se trataría únicamente de eso, de la *recuperación del pasado*? Podría ser que el proceso fuese más complicado y más sutil: un viaje que se desarrolla bastante deprisa a través de paisajes, de formas y de colores diferentes, suscita una serie de *asociaciones* tan preciosas para la *historia secreta del alma* como, en un *análisis jungiano*, las asociaciones provocadas escuchando ciertas palabras, nombres, leyendas o mitos, o la contemplación de ciertas pinturas o dibujos» (FD, 336).

Esto es, el diario no sólo sirve para «recuperar el pasado» y dejar testimonio de «mi historia» en ese gran viaje iniciático que es la vida, sino que también tiene una función confesional, pareja a las terapias psicoanalíticas, por la cual se nos revela aquella parte de nosotros mismo que teníamos olvidada o descuidada, aportando una nueva «dimensión de profundidad» a nuestro yo. El diario, pues, reflejaría no sólo el sentido de unidad e identidad narrativa de un yo, la «historia natural del alma», sino que también nos revelaría de alguna forma esa «historia secreta del alma» que constantemente se esconde a nuestra conciencia. Pasemos, pues, al último punto, que querría tratar trayendo a colación otros diarios íntimos, los diarios de Amiel.

#### 4. La función terapéutica y «placentera» de los diarios

Como hemos visto en las «Notas sobre el Diario de Ernest Jünger» (NDJ), la «necesidad» de llevar un diario cambia de un individuo a otro. Es por ello por lo que las iniciales embestidas de Eliade contra el «método Léautaud» quedan suavizadas en este mismo escrito cuando matiza: «De ninguna manera crítico el 'método Léautaud'. Cada cual escribe su Diario íntimo según su temperamento, su formación espiritual y sus gustos literarios. Por otro lado, la necesidad de tener un diario íntimo no es la misma en Amiel, en Gide o en Léautaud» (NDJ, 148). Ya hemos visto cual era la «necesidad» de Eliade de llevar un diario. También la de Gide y Léautaud, y que, aunque la forma de escritura diarista del primero se puede contraponer metodológicamente a la del segundo, ambas conducen, *prima facie*, a un mismo «resultado» nefasto para la creatividad del escritor: la reducción de la producción literaria a la escritura de diarios. Pero, ¿qué ocurre con el tercer ejemplo citado? ¿Cuál es la necesidad de Amiel?

El ejemplo de Amiel es ciertamente especial porque su caso despierta tanto admiración y atracción como extrañeza y repulsión. En él, la escritura del diario no sólo fagocita cualquier otro

25 El propio Eliade, comienza lo que más tarde se conoce como «Diario portugués» con estas palabras: «Hoy comienzo este cuaderno... Siento la necesidad de volverme a encontrar a mí mismo, de concentrarme» (DP, 11).



todo tipo de narración escrita sino que, por extraño que parezca, el diario acaba sustituyendo a la vida misma. Pero, ¿cómo puede la escritura de diarios sustituir a la vida? La escritura y la vida, ¿hasta qué punto son aquí incompatibles?

Henri Frédéric Amiel (Ginebra 1821-1881) fue un profesor de estética y literatura francesa de la Academia vulgar y aburrido; un profesor triste y solitario pero que pretendió, nada más y nada menos, que escribir un «Diario Total». Llevó así el diarismo hasta sus últimas consecuencias con una introspección mórbida sin parangón (conocido) en la historia de la literatura y con un examen de conciencia tan meticuloso y detallista como insípido y, a veces, recalcitrante. Nuestro médico y escritor Gregorio Marañón, que quedó impresionado por el proyecto de Amiel (aunque procuró siempre alejarse de él), equiparaba significativamente un diario sincero a un lento suicidio. Permítaseme transcribir una larga pero jugosa cita<sup>26</sup> (los subrayados son míos) del prólogo a la edición francesa del libro que Marañón dedicó a Amiel, titulado *Amiel, un estudio sobre la timidez*:

«Para mí, la manía del diario es también una manifestación del tipo *narcisista*. Normalmente, un diario íntimo se escribe en la niñez o en la adolescencia, en la época del narcisismo fisiológico, cuando el joven, aún aislado del Universo, cree que él es el centro de éste... *La acción* —típica de la madurez— es incompatible con la excesiva preocupación de la propia persona. A medida que el mundo nos interesa más, dejamos de fijarnos en nosotros mismos. Entonces es cuando nuestro diario empieza a hacerse cada vez más lánguido, a dejar en blanco semanas y meses enteros, hasta que al final se olvida en un cajón o se rompe. Los hombres que de adultos prosiguen su redacción, o la comienzan con esta edad, obedecen a una persistencia anormal del sentido narcisista... El diario mismo... acaba por convertirse en la llama que le alimenta, cerrándose así una *cadena sin fin*. Se escribe en el diario todo lo que sucede, hasta lo baladí, hasta lo inconfesable, porque todo, por el hecho de ser nuestro, nos parece digno de que conste en un *acta*; pero acabamos por condicionar las más mínimas acciones de cada día al interés de la página futura del diario, y *actuamos durante la jornada pensando en lo que escribiremos cada noche. Obramos, pues, para contarlo luego... aspiramos a hacer con nuestra propia alma, literatura...* El diario auténtico eleva cada día un poco más el muro que separa a su autor del ambiente, y, por tanto, cada día contribuye a paralizar la acción. Se nutre de la acción. *La acción y el diario acaban haciéndose incompatibles... en realidad un diario sincero equivale a un lento suicidio*»<sup>27</sup>.

Sea como fuere, al igual que el *autor* de un «auténtico» diario íntimo prescinde de un posible lector, el *hombre* que escribe esos diarios, *prima facie*, también puede «prescindir» de todo lo que resida fuera de su universo mental, condenándose a sí mismo a una especie de ostracismo psicológico, a algo así como la enclaustración agónica de un soliloquio tan radical que lleva a uno a un «suicidio moral» (EDI,69). Como dice el propio Amiel uno «ya no irradia, psicologiza; ya no actúa,

26 Tomo la cita de los «Juicios sobre Amiel» de la selección de textos que forma el libro *En torno al diario íntimo*. AMIEL, Pre-Textos, Valencia, 1996, que de ahora en adelante seguiremos como EDI, junto con el número de página de la edición citada. En este caso, EDI, 163-165.

27 De hecho Marañón toma la fórmula de Unamuno, quien, en *Cómo se hace una novela*, escribe: «Y, ¡ojo con caer en el diario! El hombre que da en llevar un diario —como Amiel— se hace el hombre del diario, vive para él. Ya no apunta en su diario lo que a diario piensa, sino que lo piensa para apuntarlo». (Cita tomada de EDI, 176).

contempla»<sup>28</sup>. En este sentido, Amiel no utiliza el diario como una ventana que se abre para ver el mundo dejando que la luz sensible nos ilumine también a nosotros («diario externo» o «diario-ventana») sino que más bien el diario es para Amiel como un espejo que una y otra vez refleja su propia imagen en una proyección circular cada vez más cerrada y viciosa («diario interno» o «diario-espejo»). Eliade es otro ejemplo. La mayoría de las notas de su diario se entienden mejor con la metáfora del «diario-espejo» que con la del «diario-ventana»<sup>29</sup>. Sea como fuere Eliade llegó a ser consciente de que precisamente este narcisismo egoísta era tanto consecuencia de su talento<sup>30</sup> como causa de sus numerosas crisis nerviosas (DP, 102).

En el círculo cerrado y vicioso del ego narcicista todo se invierte y deforma, cómo no, también el amor<sup>31</sup>. Cuando Nina, la mujer de Eliade, está en su lecho de muerte, como aparece en su diario del 13 de octubre de 1944, él todavía se tortura de la siguiente manera (los subrayados son míos): «Me pregunto si me estaré traicionando a *mi*, a *mi* talento y a *mi* pueblo dejándome absorber completamente por la enfermedad de Nina; no duermo por las noches, no paso a limpio ni corrijo los trabajos que tengo sin terminar. Tal vez tendría que ser más egoísta, pensar en primer lugar en las obligaciones que tengo con *mi* talento» (DP, 153). Incluso cuando su mujer muere tras una penosa y larga enfermedad, Eliade, liberado, no puede evitar confesar (los subrayados son míos): «Nina no se ha ido de *mi* lado por su propia voluntad, sino que Dios me la ha quitado para hacerme pensar de forma creadora, es decir, para facilitar *mi* salvación» (DP, 159).

Aunque la «pasión literaria» y el «entusiasmo erudito» de Eliade le hacen leer de todo —desde *El libro tibetano de los muertos* a las actas del proceso de Giordano Bruno— en las largas épocas de

28 El 4 de febrero de 1881, Amiel escribe: «El soliloquio interior es el único recurso que le queda al condenado a muerte cuya ejecución se retrasa. Se encierra en su fuero interno. Ya no irradia. Psicologiza. Ya no actúa, contempla. Todavía escribe a aquellos que esperan sus noticias; pero renuncia al público y se repliega sobre sí mismo. Como la liebre, vuelve a su madriguera para morir, y esa madriguera es su conciencia, su pensamiento. La antecámara de su madriguera, es su diario íntimo» (EDI, 138).

29 Quizá de aquí una, no la única ni la principal, de las causas por las que Eliade siempre intenta no pronunciarse políticamente en sus diarios; y quizá de aquí también ese empeño suyo en refugiarse en la «metafísica de lo sagrado» para escapar a «los horrores de la política», como le criticaba su ex-amigo Mihail Sebastian en su propio diario. El diario que Sebastián, escritor rumano judío que formaba parte del brillante grupo literario formado también por el mismo Eliade, Eugéne Ionesco, Camil Petrescu, E. M. Cioran y Constantin Noica, empezó a escribir en 1935, a los 28 años de edad, es un testimonio valioso de la tragedia judía en Rumania y del antisemitismo que se apoderó de la población en general y de la elite intelectual, antisemitismo por el cual todos sus amigos escritores (Eliade incluido), con la excepción de Ionesco, se unieron al movimiento Legionario pro nazi conocido como la Guardia de Hierro. La lectura de algunos fragmentos del «diario-ventana» de Sebastian provocó en el Eliade una «crisis espantosa de desesperación» como él mismo refleja el 12 de Octubre de 1946. Su respuesta narcicista es propia del tipo «diario-espejo» que sólo puede reflejar su universo interno: «He pasado, ayer por la noche, una crisis espantosa de desesperación, provocada probablemente por la lectura del diario de Sebastian... Esta lectura me desveló súbitamente mi infidelidad a mi verdadera vocación, la de escrito rumano. He tenido, durante algunas horas, el sentimiento de que estos últimos seis años pasados en el extranjero me habían alejado de las fuentes de mi poder creativo, y apartado de mi trayectoria natural. Y haga lo que haga de ahora en adelante, estos seis años están irremediamente perdidos. Más aún: he tenido la revelación de que me habían empujado por un camino sin regreso posible. El terror a la irreversibilidad. Por primera vez... he podido verme, y aceptarme, como un fracasado...» (FD, 26).

30 Por ejemplo, Eliade habla del «espléndido narcicismo» de Goethe (por el cual «tenía la certeza de que creándose a sí mismo, creaba al mismo tiempo una de las obras de arte de la cultura universal», ver FD 220), figura con la que se identificaba «desde que tenía 20 o 22 años» (DP, 83) como una especie de «alter ego» (FD, 194). Para otras comparaciones y comentarios sobre el ejemplo de Goethe, basta con ver FD, las pp. 91, 92, 210, 217, 218, 312, 328 y 331.

31 El mismo Eliade confiesa: «No sé amar... No puedo abrirme al amor. Me quedo cerrado, mudo. Mis confesiones no tienen su origen en el amor sino en mi drama interior» (DII, 195).

neurastenia o en sus numerosas y variadas crisis nerviosas<sup>32</sup>, Eliade prefería relajarse con la lectura o relectura de las obras de sus autores favoritos; sobre todo de sus diarios íntimos, en los cuales le era más fácil y cómodo proyectarse y evadirse. Dos meses después de la muerte de su esposa Gina, en plena crisis, Eliade escribe el 25 de enero de 1945: «Salvo la Biblia, no puedo leer más que a escritores como Chestov y Kierkegaard o, a veces, diarios íntimos. Por ejemplo, vuelvo constantemente con gran placer a los diarios de Gide y de Green; me gusta volver a leer esas pequeñas anotaciones desprovistas de valor universal» (DP, 189). Son precisamente porque estas «pequeñas anotaciones» están «desprovistas de valor universal», esto es, liberadas del peso de la ley o del argumento, por lo que la lectura de diarios no sólo es placentera sino que también produce efectos reparadores. Las alusiones a la función catártica y terapéutica de la lectura de diarios y también, y sobre todo, de la escritura de los mismos, abundan en los diarios de Eliade<sup>33</sup>.

Este «gran placer» con el que se escriben los diarios es parejo al placer que produce (recordemos) «dar gusto a la pluma» (NDJ, 148) sin constricción ni corrección según el «método Léautaud». La idea de que escribir un diario no sea más que una forma de crear, como decía Barthes, «placeres textuales» o «textos placenteros» que no apelan a lector externo alguno y son en cierta forma independientes de él, cobra aquí mayor verosimilitud. Eliade llega a escribir incluso que «está narcotizado por la prosa» (DII, 192) y que no puede dejar de escribir. Y unas líneas más abajo: «Es raro lo que me pasa: no puedo decidirme a soltar la pluma. Acabo de llegar a casa y, sin tener nada que decir, he abierto otra vez el cuaderno decidido a seguir escribiendo. A escribir sobre lo que sea, sobre mí» (DII, 194). Pero el propio Eliade sabe poner límites a este placer especial de «concentración» en uno mismo que produce la escritura de diarios<sup>34</sup>.

En este sentido leemos (los subrayados son míos): «Interrumpo mi trabajo para consignar aquí lo terrible y dulce que me resulta a la vez escribir... Tras varias horas de estar escribiendo, le entra a uno este cansancio que le permite contar todo, contar lo que ha ocurrido y lo que habría querido que ocurriera... *Noto que ya no me obedece la pluma...*» (DII, 60-61). Y unas líneas más abajo tanea el terreno por el que Amiel se desliza hasta perderse (los subrayados son míos): «He observado lo siguiente: que hay días en que no me ocurre nada interesante, no pienso nada 'nuevo' y es precisamente entonces cuando más ganas tengo de abrir el diario y escribir. Pero cuando conozco a gente realmente excepcional o tengo una conversación interesante y que debería reseñar aquí, sólo a regañadientas cojo la pluma... Pero, ¿qué iba a escribir? ¿Sobre quién? No he pensado nada, no he

32 El 28 de mayo de 1943, Eliade dice que «me ponen a prueba cinco o seis tempestades neuróticas» (DP, 97) y habla de los diferentes tipos de crisis que padece. Estas «crisis de melancolía», frecuentes en su juventud (DP, 32) tienen, según Eliade, una «función metafísica y... constituyen un modo mío particular de experiencia religiosa» (DP, 65; DP, 178). También es una constante en sus diarios las neurastenias (DP, 29; DP, 102), «ataques de vagotonía» (FD, 57; FD, 76), que él equiparaba a aturdimiento, somnolencia, descenso de vitalidad, etc... (FD, 87) y las «crisis de desesperación» (FD, 26); los «anhelos de suicidio» y «el miedo a la locura» son más escasos (DP, 173).

33 Tomemos sólo un ejemplo cercano en el tiempo a las anteriores citas. El 6 de enero de 1945 leemos: «El simple hecho de escribir este diario me consuela. No necesariamente porque hable de Nina sino, sobre todo, porque me obliga a concentrarme en cosas que me interesan en este momento y, de esta forma, me ayudan a salir de la pasividad» (DP, 173). Aunque también es verdad que algunas veces Eliade es crítico con esta función purificadora del diario (DII, 216), en general, su opinión es favorable, y de ahí la cantidad de referencias explícitas e implícitas al respecto. Las más significativas en mi opinión son: DII, 152; DII, 170; DII, 203; DII, 216; DP, 11; DP, 34; DP, 37; DP, 82; DP, 148; DP, 157; DP, 173; DP, 174; DP, 195; DF 97-98; DF, 61; DF, 204.

34 «Esta mañana abro el cuaderno para decir: respiro el bien, respiro el amor. La más pura experiencia de felicidad. Eso es. Inútil añadir impresiones» (DII, 85) y unas pocas líneas más abajo se tacha de «insípido» y de «curiosa criatura» por anotar en el diario cosas «tan poco esenciales» (DII, 86).



vivido, no he sentido absolutamente nada. ¿De dónde me viene entonces esa impaciencia, esa emoción de comprender algo, de penetrar en mi alma y reflejar algo aquí? Y, no obstante, no me puedo separar... el miedo a que me consuma la rutina diaria. La prisa de *concentrarme todas las noches ante este cuaderno y asegurarme la inmortalidad, el tránsito a la conciencia de otros*» (DII, 63).

Eliade localiza en sí mismo esa atracción fatal del diario, pero no se deja llevar por ese ensimismamiento contra el que ya nos prevenía Ortega. En este sentido leemos: «cuando vivo y hago lo que se me antoja no tengo nada que escribir en este cuaderno lleno de idioteces» (DII, 42). La misma acción continua y cotidiana que supone la vida muchas veces es incompatible con el detenimiento contemplativo que supone la escritura o lectura-reescritura de diarios<sup>35</sup>. El aspecto placentero de la escritura de diarios, radicalizado y proyectado en forma extrema en el tipo «diario-espejo», puede ver sus efectos invertidos y convertir lo curativo en pernicioso. Es el caso de Amiel<sup>36</sup>, que esconde en su «vida contemplada», cómo él reconoce, una «vida fallida» (EDI, 73).

Se podría incluso aventurar la idea de que, tras su obsesivo y compulsivo empecinamiento por la escritura de un «Diario Total», Amiel esconde una especie de onanismo proyectado. Para Freud<sup>37</sup> el acto por el cual un artista concibe su obra es un acto sexual pues en el momento de la creación brotan de él impulsos que sólo un ser *excitado* puede *expulsar*. Eso es precisamente lo que constituye su «éxtasis» o inspiración (re)creativa<sup>38</sup>. En este sentido, y salvando las distancias, el acto compulsivo de escritura semiautomática que muchas veces se desarrolla en un diario en una especie de estado de trance —pensar aquí en Kafka— puede ser un elemento exorcizante, catártico o de alivio de una forma análoga a un orgasmo.

Eliade nunca ocultó en sus diarios su manifiesta hipersexualidad<sup>39</sup>, y aunque concede una función metafísica al erotismo (DP, 111), más de una vez se lamenta de estar «obsesionado con el sexo» (DP, 220) y se tortura por esa «insaciable carnalidad que, sin duda, me impide 'realizarme' en mi auténtica medida» (DP, 237). De hecho, tras consultar al especialista del sistema nervioso para ver la causa de su neurastenia, Eliade escribe: «Me ha dicho que no es nada grave. Las melancolías obedecen a crisis espirituales y él no puede hacer nada... Pero por desgracia están las otras crisis que él explica por mi supersexualidad insatisfecha. Sólo puedo alcanzar el estado de equilibrio tras la realización del equilibrio erótico» (DP, 217).

Como vimos en la extensa cita de nuestro médico y escritor español, la escritura en los diarios de esa vida que se piensa y se contempla puede llegar a sustituir a la vida vivida, a la acción de la vida

35 A modo de ejemplo: «Un día muy fructífero. No puedo recogerlo en el diario» (DII, 86). «Este diario no me interesa ahora. Ya no releo. Hay tanto que hacer» (DII, 17).

36 El 3 de mayo de 1862, Amiel escribe: «El único placer que recobro todos los días, el de abrir este diario, me resulta probablemente pernicioso; sin duda es como el voto de eunuquismo cotidianamente renovado, como la castración por la crítica personal, y por la contemplación asidua del ombligo, al modo de ciertos monjes idiotas del monte Athos» (EDI, 137).

37 Para la opinión y comentarios de Eliade sobre Freud, ver FD, pp: 190, 214, 228, 238, 256, 284, 291, 293 y 328.

38 «¿Tiene alguien —se preguntaba Nietzsche— a finales del siglo XIX una idea clara acerca de lo que los poetas de épocas importantes llamaron *inspiración*?» Y en su bella respuesta encontramos en una línea: «un incompleto estar-fuera-de-sí». NIETZSCHE, F.: *Ecce Homo*, «Así habló Zaratustra. Un libro para todos y para nadie», Ed. Alba, Madrid, p. 142. En Eliade, ver a este respecto, por ejemplo, DII 188-189.

39 A modo de loable ejemplo, el 15 de abril de 1945, leemos: «Recuerdo que Sorana, después de un día bravo en la cabaña de Poiana Brasov, en que hice el amor con ella diez veces, me confesó que mi vigor la había sorprendido... asustada ante mi potencia se lo contó a Lily Popovici... Lily le dijo que si no me conociera hubiera pensado que estaba drogado, que tomaba píldoras, etc... Lo más divertido es que yo ni siquiera me daba cuenta de que funcionaba tan 'bien'. Suponía que cualquier hombre, si le gustaba una mujer y estaba descansado, podría hacer el amor con ella diez veces. Más tarde, comprendí que éste era un privilegio bastante infrecuente» (DP, 230).

misma<sup>40</sup>; hasta el punto que incluso el fuerte aspecto sexual que toda vida conlleva, encuentra en la escritura de diarios una vía de escape, una peculiar manera de expresión. En este sentido, la obsesión compulsiva de Amiel por «dar gusto a la pluma» puede ser considerada como una forma de masturbación sublimada que reemplaza el placer sexual que uno pueda dar y recibir de los otros. El propio Amiel, que vivió solitariamente como un casto solterón y que al parecer sólo tuvo un breve episodio erótico en toda su vida, reconoce, a pesar de su mojigatería, esta incapacidad suya de amar que también padece Eliade (ver nota 31) y la forma que tiene de reprimir sus instintos sexuales en el paralelismo que queremos apuntar aquí. Algunas veces lo hace de forma explícita, como cuando compara la escritura de su diario con ese «onanismo empedernido y maniático como se observa a veces en las celdas de las cárceles» (EDI, 69). Otras, de forma tácita o encubierta, como cuando se dice a sí mismo: «estás fascinado por la punta de tu pluma» (EDI, 127). Algo muy parecido a, recordemos, cuando Eliade decía que «no podía soltar la pluma».

De una u otra forma lo que sí parece evidente es que, Amiel no encontró satisfacción ni descanso fuera de su diario<sup>41</sup>, que él mismo consideraba su propia «ataúd» (EDI, 80). Su ejercicio radical de autotraducción se convierte en una obsesión enfermiza que reduce la actividad de una vida a la escritura de esta vida en un diario, mostrando así que el mayor riesgo de ese «concentrarse en sí mismo» que supone la escritura es precisamente no poder salir luego de ese sí mismo, y que del narcisismo al solipsismo hay sólo un pequeño paso. En el fondo, y por mucho que Amiel se quejara e intentara rebelarse contra ello<sup>42</sup>, *la escritura, en este caso de diarios íntimos, es la «auténtica» vida*. Esta idea, que Proust reformularía medio siglo más tarde, y el epicureísmo literario que ella conlleva, hace que la trivial terapia cotidiana del diario que practicaba melancólicamente Eliade se metamorfosee en un solipsismo recalcitrante en Amiel. El propio Amiel llamó a esta extraña disolución del yo vital por el yo contemplado «la enfermedad del ideal». Y yo me pregunto: ¿puede la filosofía buscar una cura a esta enfermedad aunque sea a expensas de sí misma?

#### 4. Bibliografía básica utilizada:

- Mircea Eliade: *Diario íntimo de la India*, Pre-textos, Valencia, 1998.
- *Diario portugués*, Kairós, Barcelona, 2001.
- *Fragmentos de un Diario*, Espasa-Calpe, Madrid, 1979.
- «Notas sobre el Diario de Ernest Jünger», *El vuelo mágico*, Siruela, Madrid, 1995.
- Amiel, *En torno al diario íntimo*, Pre-Textos, Valencia, 1996.

40 Ernest Renan, en sus *Hojas sueltas* dice al respecto: «El hombre que tiene tiempo para escribir un diario íntimo nos parece no haber comprendido lo bastante cuán vasto es el mundo... ¿Cómo, en presencia de una tarea tan colosal, detenerse a devorarse uno mismo, a dudar de la vida?» (Cita tomada de EDI, 168).

41 Amiel reconoce que su diario es a la vez la causa de su enfermedad, y su particular «farmacia del alma» pues el diario «contiene a la vez los calmantes, los tónicos y los excitantes» (EDI, 115).

42 «Empiezo a hastiarme de este estudio estéril, que no es más que curioso, empiezo a querer provecho, progreso, acción. La función del espejo ya no me basta: quiero realizar» (EDI, 62).